

La Tos

Se besaban como sólo se besan los clásicos, con esa pasión que desafía el paso del tiempo, cincuenta, sesenta, setenta años: ¿qué más da si el beso es eterno? Un beso que se agiganta con el barniz de los años, proyectado en blanco y negro pero tan actual, sin sitio para el color pero quién necesita color cuando uno está besando como ellos se besaban.

El sombrero cayó sobre sus ojos con el movimiento preciso de su índice, como anticipando lo que ocurriría, como bajando la barrera que él necesitaba para decirle que no podrían verse más.

Ella agachó la cabeza.

Luego, el silencio.

Un silencio que parecía invitarla a la última réplica, a esas últimas palabras desesperadas.

Contuve la respiración durante cada uno de los segundos que ella tardó en responder.

Entonces, aquel ruido nervioso. Miré a mi izquierda.

La tos.

La tos se repitió varias veces prolongándose y mutilando el diálogo entre los dos, que ya habían pasado a un segundo plano, arrinconados por la intervención inoportuna de un nuevo protagonista. Seis butacas más allá, el culpable. Busqué su mirada para hacerle entender mi reproche, pero el hombre estaba demasiado ocupado tratando de librarse de su propia tos. Suspiré y volví a mirar la pantalla, donde ella ya no hablaba y asumía la derrota. En su rostro las lágrimas bajaban descontroladas, empeñadas en recorrer el camino hacia la caída, como un río desbordado imposible de detener.

Intenté concentrarme en la película, pero no podía. El silencio de la sala era cómplice de la tos, que retumbaba en toda la estancia. Algunas cabezas se volvieron hacia el señor como apremiándolo a terminar de una vez, pero nada de eso ocurría. Más bien sucedía lo contrario; cuanto más tosía, más fuerte sonaba su tos y más lejos parecía él de encontrar el momento de calmarse. Yo lo miraba esperando que terminase de una vez, cuando creí escuchar algo a lo lejos. ¿Qué era aquello? Parecía un nuevo ruido proveniente de otra dirección. Aunque podía pensarse que era el eco de la tos que llegaba débil tras rebotar en las paredes. Sí, eso pensé al principio pero... Agucé el oído. Entonces lo distinguí bien.

Un carraspeo comenzaba a sonar entre las primeras filas. Sonaba indeciso, con timidez, como esa intervención que no quiere robar protagonismo al artista principal.

El carraspeo fue tomando fuerza.

Y más fuerza.

Hasta convertirse en una segunda tos que acompañaba a la primera. No había duda. En la pantalla la chica ya no lloraba, como si el diálogo de toses la hubiera desconcertado hasta el punto de tener que interrumpir el llanto. Un murmullo envolvía toda la sala.

Aquello hacía imposible seguir la película con normalidad. La anciana de delante protestó. Había que pensar en algún remedio; tal vez en pedir a los empleados del cine que detuvieran un momento la proyección. Fui a proponérselo al chico que se sentaba a mi lado, pero me detuve en cuanto lo miré.

Se revolvía inquieto en su asiento.

Se tapaba la boca.

Lo hacía con desesperación, tratando de contener con la mano algo que irremediablemente terminaría por salir. Su rostro enrojecía y él aún intentaba amortiguar la tos, pero terminó por resignarse ante lo inevitable.

Entonces, *la tormenta.*

La tormenta desatada en su garganta con toda la rabia de algo que lleva ya un rato queriendo manifestarse y no puede.

Eran ya tres las toses que sonaban.

Se intercalaban o se acoplaban o se atropellaban entre ellas sin orden ni concierto, como si formaran parte de un molesto trío de percusión interpretado por tres músicos arrítmicos.

Algunas voces se alzaron indignadas proclamando que así no había quien viera la película. O eso me pareció entender, ya que el ruido de las toses impedía escuchar con normalidad. Porque sonaban cada vez más fuerte, imponiendo una dictadura que obligaba a prestar atención a ellas y sólo a ellas. Por encima de la película. Por encima de cualquier cosa.

En aquel punto todo se desencadenó rápido. Las toses llamaron a otras toses. Allí una tos, allá otra. Se reproducían con viveza, como la mala hierba. De manera progresiva iban brotando por las distintas partes del cine.

Fue entonces cuando me di cuenta de que la anciana de delante se había unido al grupo de los que tosían. Lo hacía con un vigor sorprendente, dejando claro con cada tos que su avanzada edad no le restaba entusiasmo para armar más escándalo que ninguno. Había algo curioso: tosía de lado, como si hubiera encontrado una técnica más efectiva que la diferenciaba del resto y la hacía toser mejor. Desde mi butaca veía su perfil recortado en la pantalla; la nariz

picuda, como el cono de un helado; el ojo entornado, para toser con más fuerza; la boca abriéndose y cerrándose como una compuerta, siempre al ritmo que marcaba el compás de su tos. Al principio la anciana acercaba la mano a su boca para impedir que saliese fuera la saliva, pero debió pensar que aquello lastraba su apetito por toser, pues en cuestión de segundos ya no se tapaba, ya no se preocupaba de guardar las formas; sólo tosía, tosía y tosía para volver a toser, y si acaso se interrumpía unos segundos era sólo para tomar un poco de aire y poder toser luego con más contundencia. A cada espasmo su dentadura sobresalía más en su perfil, empujada por la tos; por un momento pensé que saldría disparada e impactaría con el señor que se sentaba a su lado. Él la miraba atónito, sin saber qué hacer o qué decir. Cuando al fin logró reaccionar abrió la boca, quizá para protestar, pero fue una tos lo que salió de ella, una tos que se unió a la de la anciana y a las del resto de la sala, que sonaban ya desde todos los ángulos imaginables del local.

Miré a mi alrededor. Un coro de toses dominaba la acústica del cine. Comprobé entonces que eran muchos más los que tosían que los que no lo hacíamos. Algunos tosían de pie; parecía que la tos los hubiera arrancado de la butaca forzándolos a adoptar una postura más acorde a la música que producían. Levantados de sus asientos se contorsionaban al son que marcaban sus toses, como practicando una macabra danza, un oscuro baile sazonado con sonidos guturales.

Abandoné mi butaca. La única persona de mi fila que no tosía, una chica con la mirada violeta, se acercó hasta mí para decirme que había que buscar al acomodador. Ella lo había visto acompañando a un matrimonio que llegó con la película empezada.

—Tenemos que pedirle que nos ayude a reconducir la situación —, me dijo forzando la voz cuanto pudo para hacerse entender entre el clamor general. Le temblaban las manos. Yo se las tomé para calmarla y le grité que me encargaría de buscar al acomodador. Le pedí que no se moviera de allí. Luego me dirigí hacia el pasillo dejando atrás a un grupo de señoras que tosían de forma correlativa, sin interrumpirse, respetando su turno de tos para hacerlo coordinadamente.

Cuando alcancé el pasillo el ruido ya era ensordecedor. Imposible distinguir ningún otro sonido que no fuera el de las toses. A mis espaldas la película parecía mucho más antigua, una película de cine mudo de los años veinte a la que hubieran olvidado poner subtítulos. No era fácil avanzar por el pasillo, pues muchos lo habían ocupado para toser allí. Tuve que sortear a unos cuantos. Algunos tosían tan fuerte que caían al suelo con el impulso de la tos. Otros entre tos y tos vomitaban, como si soltando aquella carga fueran a librarse también del ejercicio de toser. Era en vano. Apenas unos segundos para limpiarse como podían y luego tosían de nuevo; con más ganas, con más fuerza, como perros enfurecidos ladrando ante una amenaza que los asustaba.

No me hizo falta llegar a la salida porque encontré antes al acomodador, al final del pasillo. No me vio. No me escuchó. Sólo tosía. Lo hacía abrazado a un señor con chaleco, que tosía junto a él. Decidí volver sobre mis pasos. Allí los dejé tosiendo al unísono, abrazados los dos como dos buenos amigos.

Avancé como pude. Buscaba a la chica con la mirada violeta para decirle que debíamos salir de allí y pedir ayuda fuera. Pero no la encontraba, sólo veía a gente que se retorció y se convulsionaba envuelta en la tos que los manejaba. Fui mirando fila por fila. Asientos vacíos. Asientos ocupados. Ocupados por personas ocupadas por la tos. Ya iba desistir cuando distinguí una silueta que me pareció que podría ser ella. Estaba de pie al final del cine, sola, arrinconada, a un lado de la pantalla. La alcancé y toqué su hombro. Era ella. Pero la mirada que me devolvió ya no era de color violeta; desprendía un brillo amarronado, una mezcla de barro y café, de nicotina y chocolate podrido. Era el color de la tos, que ya la había apresado. Entre toses y sollozos me hizo un gesto con la mano invitándome a salir, a marcharme lejos de allí. A buscar cualquier otro lugar.

Entonces sentí el picor.

Aún no me había dado la vuelta cuando lo noté ascender desde mi pecho para llegar a mi garganta y arañarla salvajemente. Me estremecí. Mi mano cubriendo la boca para retrasar el momento. Una presa de madera para contener el océano.

Y por fin, el estallido.

Y yo por fin, *uno más*.

Nos movíamos por la sala. Nos movíamos tosiendo. Imposible decir durante cuánto tiempo estuvimos así. Nos movíamos. Tosíamos. Tosíamos. Nos movíamos. Así permanecemos. Hasta que vimos la salida. Entre alaridos y aspavientos, por fin la encontramos. Salimos a empujones, una masa sonora que no sabe lo que busca. La luz del exterior nos cegaba. Pero caminamos. En la calle algunos nos miraban. Luego se unían. Para caminar con nosotros. Para toser con nosotros. Y avanzamos. Avanzamos todos. Cuerpos errantes avanzando calle abajo. Tosiendo por la avenida bajábamos descontrolados, empeñados en recorrer el camino hacia la caída, como un río desbordado imposible de detener.

Alberto Porrás Echavarría